

La Ilustración Católica

SUMARIO.

TEXTO.—Revista, por V. P. Nulema.—Altar mayor de la iglesia del Pilar en Zaragoza, por D. G. Mullé de la Ceida.—Las espigas vacías (traducción de Ratisbora), poesía, por D. Luis Vigil E. y Blanco.—El monasterio de Fresdesval, por A. T.—El 16 de Octubre de 1793, por Máximo de la Rocheterie.—A mi hijo, poesía, por J. Ortega.—La emigración de las golondrinas, por D. E. de Bergue.—Anécdotas de artistas, extractadas de Vasari.—El maestro de música, por D. Eugenio de Margerie.—Jeroglífico.

GRABADOS.—La reina María Antonieta saliendo del Tribunal revolucionario. (Cuadro de PAUL DELAROCHE).—El altar mayor de la iglesia del Pilar en Zaragoza.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses. 16 rs.
Un año. 60 »
Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses. 2 1/2 ps.
Un año. 4 »

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses. 44 fr.
Un año. 21 »
Filipinas y Méjico.
Seis meses. 3 1/2 ps.
Un año. 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid 7 de Octubre de 1879.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.ª—Año III.—Tomo III.

BIENOTECIA
MUNICIPAL
MADRID

NÚMERO 13.

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

El 1.º de los corrientes regresaron felizmente á esta capital, de su escursión á Santiago de Galicia, los doctos académicos R. P. Fidel Fita y Excelentísimo Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, comisionados por el Prelado y Cabildo de la basílica Compostelana, para estudiar y dar informe sobre las excavaciones practicadas en el sepulcro del Santo Apóstol.

Nuestros queridísimos y respetables amigos, que han hecho el viaje por Portugal, han sido objeto en todas partes de singulares muestras de respeto y cariño; y aunque esperamos que los lectores de LA ILUSTRACION CATÓLICA serán favorecidos con noticias directas y circunstanciadas del viaje, no dejaremos pasar esta ocasion sin decir que hemos oído de sus lábios frases de profunda gratitud al Excelentísimo Sr. Cardenal de Santiago, que los alojó en su palacio y los obsequió cordialmente; al Cabildo de la gran basílica, y muy especiales al docto canónigo Sr. Lopez Ferreiro, en quien compiten la erudicion con la bondad y cortesía exquisitas; al Sr. Obispo de Tuy, que al pasar los ilustres viajeros por su diócesis salió una legua de su capital á buscarlos, y los acompañó mientras permanecieron en ella; y por último á otras muchas personas de Portugal y Galicia que los han mostrado profundo respeto y viva simpatía.

Los doctos académicos, lumbreras de la ciencia arqueológica en España, cuyos resplandores llegan á las más sabías academias del extranjero, han dedicado largas horas de estu-

ANIVERSARIO.



LA REINA MARÍA ANTONIETA SALIENDO DEL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO.

(Cuadro de PAUL DELAROCHE.)

dio á las excavaciones de la Basílica compostelana, y de su claro juicio y copiosa erudicion puede esperarse un informe luminoso acerca de la importancia histórica de los monumentos exhumados de los escombros.

Por lo que nosotros hemos oído, este informe, que no tardará mucho tiempo en estar redactado, contribuirá por la importancia de sus noticias y la luz de sus descubrimientos, á robustecer y abrigar una de las mayores y más legítimas glorias de España.

Con el mes de Octubre han venido todas ó la mayor parte de las tareas de invierno. Han reanudado las suyas las doctas Academias de la Lengua y de la Historia; y la Universidad Central con la multitud de colegios, que cual satélites la rodean, ha comenzado su curso de rotacion alrededor del amoriguado sol de la ciencia.

En las Academias ha comenzado el curso con excelentes propósitos de trabajar, y esto nos hace creer que el Diccionario nuevo que prepara la Española, acompañado de etimologías, dará un buen avance para satisfacer la ansiedad de los estudiosos.

En esta Academia es sin disputa donde con más afán y celo se trabaja, siendo buena prueba de ello sus numerosas ediciones de la Gramática y el nuevo Diccionario que está á punto de terminarse. Tiene además entre manos otros trabajos que irán saliendo á luz, para avivar con la suya la de la literatura patria, que se oscurece al contacto del humo de la época.

La vida de la Academia de la

Historia es más precaria; pero de algun tiempo á esta parte muestra nuevo vigor y propósitos de trabajar en la grande obra de restaurar los rotos blasones de nuestra historia, sepultados bajo las ruinas amontonadas por el vandalismo moderno.

En literatura y en historia hay mucho que hacer en España; la frivolidad de los tiempos, y las modas francesas, han hecho y siguen haciendo mucho mal, y si se ha de trabajar con fruto, es preciso que los doctos y los estudiosos vuelvan los ojos á lo pasado, donde están los grandes modelos y los insignes maestros que debemos seguir é imitar. Con literatos como Fr. Luis de Leon é historiadores como el P. Enrique Florez, pueden alcanzarse inmarcesibles laureles para la patria.

Por esto las Academias, si han de dar buen fruto, necesitan seguir la luz de los claustros.

Si el número de estudiantes fuese medida de la sabiduría de la época, estábamos hechos unos Salomones. Baste decir que sólo en el Instituto del Cardenal Cisneros, hay matriculados cerca dos mil quinientos alumnos.

En las facultades mayores el número de matrículas es exorbitante: en Medicina y Leyes se podría formar un ejército con los estudiantes que llenan sus cátedras. España va á convertirse en una gran academia de médicos y de abogados.

¿Dónde vamos á parar con estas plagas de la ciencia moderna?

Los economistas, que poseen como nadie el arte de equivocarse, dicen que todo está sujeto á las leyes inflexibles de la oferta y de la demanda. Cuando tantos jóvenes se dedican á la medicina y á las leyes, ¿será que exceden las enfermedades y los pleitos al número actual de médicos y de abogados? Nada de eso, porque los médicos se quejan de que no hay partidos y los abogados de que no hay pleitos. Pues si las enfermedades no piden médicos, ni los pleitos demandan abogados, ¿cómo se explica esta oferta generosa que de año en año se multiplica hasta lo infinito?

Las leyes de la economía política no lo explican, pero sí las de la historia, que enseña que cuando los pueblos caen en el refinamiento de las costumbres paganas, todo el mundo quiere ser gran señor para gozar de los placeres de vida muelle y regalada.

Por esto el labrador envía á sus hijos á la universidad, para que en vez de encallecerse la mano con el arado, empuñe la pluma del abogado ó el baston del médico. La vanidad humana toma gran parte en esta metamorfosis, que va reduciendo la sociedad á dos clases opuestas, la de los ricos y la de los proletrarios.

La afluencia de estudiantes á nuestros colegios, no es prueba de civilización, sino de que se ha roto el equilibrio social, y las ruedas de la gran máquina marchan á la ventura.

En los días justamente en que se está haciendo el abono del Teatro Real, que asciende ya á la enorme suma de cinco millones; cuando los principales teatros de la corte abren sus puertas, el pan se ha subido dos cuartos.

Esta coincidencia parece una carcajada del hambre á presencia de los esplendores de la opulencia.

El invierno se presenta amenazador. La mala cosecha se va á dejar sentir con el rigor del hambre, y Dios nos libre de que las malas pasiones, que el espíritu revolucionario fomenta, aviven el fuego de los corazones angustiados.

Decimos esto, porque mezcladas con las noticias de la cuestion de subsistencias, ruedan por los periódicos las de conspiraciones y alianzas demagógicas.

Con el regreso de la corte á Madrid, y la agradable temperatura de que se disfruta, la animacion es ya completa. Calles, paseos y demás sitios públicos, se ven concurridos, demostrando que la amnistía de invierno ha llegado ya á todos los emigrados del verano.

El mes de Octubre es muy animado en Madrid, porque ahora todo se vuelve inauguraciones y aperturas. Se inauguran tiendas y cafés, se abren colegios y academias, y todo el mundo va y viene, de solemnidad en solemnidad y de fiesta en fiesta, dando al aire los uniformes de su clase, más ó menos apolillados por los calores del estío.

Segun noticias que parecen fidedignas, con el

mes de Octubre rivalizará este año su sucesor y heredero el mes de Noviembre. Las fiestas reales animarán la corte, y como aquí la miseria yace escondida en las buhardillas, tendremos relámpagos de opulencia en las calles, que disiparán por un instante las sombras de nuestros males.

¡No hay más sino que despues de los relámpagos es cuando mejor se palpan las tinieblas de la tormenta!

V. P. NULEMA.

ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA DEL PILAR EN ZARAGOZA.

El santuario de Nuestra Señora del Pilar, que segun todo el mundo sabe, es una de las principales glorias de la invicta ciudad de Zaragoza, encierra bellezas artísticas de primer orden, dignas del exámen de cuantos se interesan y complacen en el estudio de las bellas artes (1).

Celebrándose en estos días la fiesta de Nuestra Señora bajo la advocacion del Pilar, aprovechamos ocasion tan oportuna para que los lectores de LA ILUSTRACION CATOLICA puedan admirar, mediante el magnífico grabado que hoy publicamos, el altar mayor del templo que se levanta á orillas del caudaloso Ebro; y á fin de que se comprenda mejor el extraordinario mérito de tan preciosa joya, la describiremos, dando además de ella cuantos datos han podido llegar hasta nosotros.

Fué su autor el célebre escultor Forment, natural de Valencia, quien despues de terminar sus estudios en Italia, regresó á España, cuyas iglesias enriqueció con obras de indisputable mérito. Dió principio á la que ahora reseñamos el año de 1509, terminándola en 1515; habiendo sido su coste de 9.000 escudos de oro, cantidad que dice Pons, equivalia en su tiempo (mediados del siglo pasado) á un doble, de donde deduce el gran mérito que aun en vida de tan distinguido artista se reconocia en sus obras y lo bien que se le pagaban.

La materia de que está construido este retablo es alabastro, pero sumamente duro, extraído de una cantera próxima á Escatron.

Dispuesto en forma de tríptico, sobre un primer cuerpo general de tres y medio metros de altura, se eleva despues en tres zonas divididas por haces de columnitas y doseletes de estilo ojival, sobresaliendo la del centro. Todo el retablo se halla contorneado por un gran marco de madera dorada lleno de molduras sumamente delicadas, entre las que se descubren hojas, cintas y algunas figuras interpuestas segun el estilo llamado comunmente gótico; mas en las del primer cuerpo, así como en las de las grandes ornatinas del principal, domina el estilo propio del renacimiento del arte, con todo el bellísimo gusto de la escuela italiana de Donatello, de quien Forment habia sido discípulo. En el centro del retablo hay un círculo con su cristal, que corresponde al camarín donde se halla reservado el Santísimo Sacramento. Rodean este círculo cabezas aladas de serafines, descubriéndose en la parte superior al Padre Eterno, que lleva sobre su pecho al Espíritu Santo. Sobre las pilastras que dividen los tres grandes relieves, se hallan colocadas las estatuas de los Evangelistas, que miden algo más de un metro de altura, viéndose por todas partes doseletes, y sobre filigranadas repisas multitud de pequeñas figuras representando santos, virtudes y otras varias alegorías religiosas.

Las esculturas principales representan: la del centro, la Asuncion de Nuestra Señora á los cielos, advocacion de casi todas las catedrales de España; la del lado derecho, ó sea del Evangelio, la Presentacion del Niño Jesus en el templo; y la del lado izquierdo, ó sea de la Epístola, el Nacimiento de Nuestra Señora. Estas figuras tienen de altura dos metros setenta centímetros, siendo notable la expresion y sentimiento religioso que las distingue.

En el primer cuerpo ó basamento, hay siete composiciones de alto relieve, alusivas á la vida de Jesus y de su Santísima Madre, con gran perfeccion concluidas, así como las columnitas y adornos que entre sí las separan. Al lado derecho y al nivel del pavimento se halla colocada la estatua del Apóstol San-

(1) El ilustrado autor de este artículo publicó en 1872 una excelente descripcion del Templo del Pilar, que recomendamos á nuestros lectores.—(Nota de la Redaccion.)

tiago en traje de peregrino, y al izquierdo la de San Bráulio con vestiduras episcopales, siendo ambas de gran tamaño, coloridas y con adornos dorados igualmente que las de los siete grupos antes mencionados. Debajo de los relieves antes descritos y en la parte que cae detrás del altar, se ven dos medallones: en el uno se halla representado el autor del retablo rodeado de espigas, aludiendo á su apellido *Forment*, y con los mazos y cinces de su profesion; y en el otro una mujer, rodeando el medallon un rosario y leyéndose en un tarjeton que hay debajo: *Ecce mulier magna Ster, quia opus fecit*, con lo que acaso se indique, si es su esposa, que le ayudó en la obra, ó si es el retrato de Doña Juana, mujer de Felipe el Hermoso, que contribuyó á ella con sus donativos, como así fué en efecto, pues justamente con su esposa la costeó, habiendo entregado tambien algunas sumas con dicho objeto Doña Beatriz de Lanuza y Pimentel.

Los escudos que hay en una y otra parte están sostenidos por ángeles con el pilar coronado, armas de esta iglesia, si bien carecen del Cordero pascual, distintivo de la catedral de la Seo, y que ahora se les añade, porque en el tiempo en que se hicieron aun no estaban unidas las dos iglesias, formando cada cual corporacion separada. En la antigua iglesia construida en 1515, este retablo se hallaba colocado en otro sitio, y al ser trasladado al que ahora ocupa debió padecer mucho, por lo que algunas piezas están mutiladas, y otras con este motivo se debieron construir posteriormente, pues las de San Vicente, San Lorenzo, San Pedro Arbués, y algunas más, por su trabajo tosco y amanerado desdichan mucho de las antiguas.

A distancia como de un metro de este retablo, se halla el ara completamente aislada, que es de mármol, con labores del mismo estilo que las ya descritas, descubriéndose por unos círculos defendidos con labradas rejas el fondo donde se halla depositado en su caja el cuerpo de San Bráulio, Prelado insigne de la iglesia cesaraugustana.

¡Felices tiempos en que la Iglesia podia premiar con mano generosa el génio de los artistas, contribuyendo á levantar en todas partes grandiosos monumentos consagrados al culto divino ó al alivio de la desgracia! hoy por contentos podemos darnos si á duras penas se van conservando los que no ha destruido el vandalismo revolucionario de nuestros días.

G. MULLÉ DE LA CERDA.

LAS ESPIGAS VACIAS.

(Traduccion de Ratisbona.)

Agitándose ondulantes
A impulsos de suave brisa,
De un sembrado en la llanura
Cuchichean las espigas.

Con orgullo su cabeza
Yerguen, unas atrevidas
Despreciando á las que humildes
Al suelo su faz inclinan.

—¡Enhorabuena, soberbias!...

(Estas últimas replican):

Haced ostentosa gala

De vuestra audacia supina;

Mas sabed que presuroso

Llega el tiempo de la trilla,

Y tendrá entonces cada una

Recompensa merecida.

Vosotras, con la vil paja

Os hallareis confundidas,

Y arrastrará ráudo el viento

Esas cabezas vacías;

Mientras el grano que llena

Las nuestras, hoy abatidas,

Irá á enriquecer las trojes

Del dueño que nos cultiva.

Niños, no lleveis jamás

Vuestra cabecita erguida,

Que en el sábio la modestia

Es la virtud que más brilla.

Retened la moraleja

Del cuento de las espigas:

Sólo se alzan fácilmente

Cabezas que están vacías.

LUIS VIGIL E. Y BLANCO.

EL MONASTERIO DE FREDESVAL. (1)

LA ILUSTRACION CATOLICA guarda en sus páginas un resto más de la España artística de nuestros padres, devorada por el vandalismo del siglo XIX.

El claustro de Fresdesval publicado en el número anterior, es ya montón de ruinas cubierto por las hojas de las yerbas que se alimentan del polvo de los siglos. ¿Qué recuerdos despiertan estos mudos despojos de lo pasado? Oigamos á un viajero que ha descrito á grandes rasgos los monumentos de Fresdesval.

«Entre los primeros monasterios de jerónimos fundados en España, debe contarse el que se levantó junto á la ermita de Nuestra Señora de Fresdesval, en que se veneraba una imagen de la Virgen desde el tiempo de Recaredo, más de una legua distante de Burgos por la carretera que conduce á Santander, cerca del lugar de Villatova. Erigido ese convento á expensas del Arzobispo Manrique, infiérese la mezquindéz de su primera construcción, de la total reedificación que los Padillas hicieron en él á principios del siglo XVI. Si bien engrandecido interiormente con obras ejemplares, el aspecto general del edificio es pobre; su situación se encuentra en la garganta que forman dos eminencias áridas y tristes; entregado actualmente á la indiferencia y abandono, sólo queda para su entera destrucción la última flecha en la aljaba de los siglos.

«Un grupo de álamos negros matizados con el color de una edad muy avanzada, el fastial y la espadaña de la Iglesia encumbrándose sobre la cima de los árboles, y algun paredon sembrado de ventanas sin orden ni armonía, induce á creer que el monumento que á lo lejos se percibe, no es un palacio gigantesco destituido hace muchos años de habitantes y de protección; que allí no han debido morar sino los hijos del destierro, y que siendo realmente un monasterio, es tan difícil hallarle despojado de galas artísticas, como lo es encontrar en estas su primitiva entereza y su esplendor. Con efecto, al aproximarse, lo primero que acredita la rectitud de este juicio, es la portada de la Iglesia que dá frente al ocaño. Su estilo es el del Renacimiento con resabios del antiguo ojival. En las enjutas del arco se ven las armas de Manrique, pendientes de dos cabezas de león realizadas en el friso que descansa sobre dos estípites istriados con el capitel del orden compuestos. Los resaltes que por encima de esos estípites tiene el cornisamento, sostienen dos fruteros elegantes, y tambien urnas y nichos con imágenes de San Miguel, San Jerónimo y la Virgen; remata el fastial en dos figuras representando la Anunciación con la jarra de azucenas sobre el ápice.

Dejamos insinuado y reproducimos ahora, que los Padillas fueron insignes edificadores del monasterio de Fresdesval: testimonio irrefragable sus numerosos blasones repartidos en el circuito de un modo tal, que en sólo la triple galería que aparece á la entrada de la casa, véanse tres escudos de su linaje, enlazados con otros dos del apellido Manrique. En orden á la construcción de la fachada que mencionamos, son de rara inteligencia los siete arcos que componen cada cuerpo sustentados por columnas corintias, y cerrados hasta mitad de su vano con un antepecho de piedra macizo. Adviértese aquí un proyecto de construir otro patio semejante tal vez á los que más adentro suceden, según la disposición de los arranques sobre cada una de las columnas, circunstancia que no admite otra alusión.

El primer patio que se encuentra al dirigirse á la Iglesia, llamado vulgarmente *de Padilla*, se halla rodeado de dos galerías, una alta y otra baja. La primera consta de cinco arcos apainelados por cada ala y en sus arranques se ven las armas de Carlos V, sosteniéndose en columnas del orden compuesto: la segunda galería es una repetición de aquella, aunque de proporciones mayores, con columnas cuyos fustes son de una sola pieza. Alzase en medio de este patio una fuente que, aunque muy deteriorada, no deja de ser apreciable.

Después de una entrada de dos arcos platerescos con adornos muy primorosos y bien ejecutados, sigue una escalera de veinte y tres peldaños, que conduce al segundo patio, igual al precedente en la distribución de sus alas; pero de un trabajo más reco-

mendable, señaladamente el claustro inferior. En los paños primero y segundo, á mano izquierda del que entra, déjense ver cuatro hermosos ajimeces del gótico florido, con tres vanos, un roseton en el centro, apoyado sobre dos ojivas treboladas, y un arco rebajado de medio punto: el lado siguiente ofrece una ventana con tres parte-luces del mismo estilo que las demás, bien que decorada con un roseton de seis folias, encima de dos arcos ojivales trebolados, otros dos semejantes en dirección oblicua, y dos semicirculares en medio del ajimez. Síguense á esta tres ventanas de dos vanos, y la última es conforme á las dos que constituyen el ángulo del claustro, diaflanado por razón del estribo, que partiendo de este punto contraresta el empuje de la pared, estrechando considerablemente el ala. Arcos apainelados son los del claustro superior con una cornisa en derredor del tejado, muy semejante á las del estilo ojival, adornada de pomas, y la cruz de Calatrava alternando con las gargolas.

«Si la puerta y ventanas colaterales practicadas en el ala oriental son muy dignas de citarse como modelos de ejecución, el arco sepulcral situado en el ángulo que forma ese con el paño que corre al Septentrion, bien merece distinguirse como dechado entre las obras del gótico florido. El arco es semi-elíptico, adornado de un conopio, doble crestería cairelada, y una imagen del Salvador en el ápice de aquel: á los lados San Pedro y San Pablo, bajo filigranadas marquesinas; en el centro del arco el Descendimiento de Jesús, y bajo la punta del conopio un escudo acuartelado, contracuartelado, *primero* y *último* de Castilla y de León: *segundo* y *tercero* de Aragón, partido de Sicilia; corona á la antigua, y por soporte un águila. La inscripción de este ilustre yacente, ha sido borrada por el tiempo.

«Las huestes de Napoleón arruinaron la Iglesia de Fresdesval; pero á través de sus negros despojos traslúcense señales de agigantada magnificencia.

«No queráis preguntar á esos hendidos paredones, ni á esos arcos que voltean sobre vuestra cabeza, ni á esas ventanas obstruidas por la yerba, ni á esos monumentos fúnebres milagrosamente conservados, qué se hicieron las riquezas del santuario, el sirgo, el oro, la pedrería, las telas exquisitas con que ántes se vistiera ese recinto; sus pérsicas alfombras, sus cuadros de Rafael, de Vinci ó de Murillo... no; guardaos de interrumpir el silencio de esas sombras, acostumbrado únicamente al grito planidero de los pájaros nocturnos y al rastrear de los insectos por los húmedos escombros hacinados bajo vuestros pies. Si deseáis evadiros de melancólicas ideas, dirigid vuestra atención á la delicada escultura de esas tumbas respetables que cual flores de un cementerio ó como el pálido reflejo de los astros en las tinieblas de la noche, suavizan la tristura del corazón con su lánguida belleza.

«Maravillosa estructura es la del panteón contenido en la pared al lado del evangelio. La urna (hecha como todo de alabastro) con blasones que tienen por tenantes ángeles mancebos; dos pajes á los lados con piezas de armadura en las manos; el simulacro puesto de hinojos y su reclinatorio al frente; un escudero con el yelmo arrodillado detrás; el Descendimiento de Jesús, amen del óbito é infinidad de prodigiosas labores en el fondo del arco, que es semicircular rodeado de crestería cairelada, cuyos duplicados tréboles se desprenden al centro sutilísimos y aéreos; el conopio, sus rizadas hojas cárdinas, y el grumo más precioso todavía; seis estatuas á los lados colocadas sobre franjeada repisa; y por último, la efigie del Salvador, sirviendo de remate á la gran obra del altar, son objetos que subliman al infinito la admiración del espectador, y aparecen nada brillantes mencionados en un pliego de papel.

«¿Y qué decir de los otros dos sarcófagos á derecha é izquierda del presbiterio que no sea débil bosquejo de su remontada belleza? Urnas cinerarias erigidas sobre tendidos leones; doseletes esculpidos según el gusto decorado; estatuas yacentes con el gorro, collar y manto del orden de la Azucena, por lo que respecta al marido, y ella en traje de ceremonia: hé aquí en embrión la elegancia poco común de esos espléndidos monumentos: faltan empero las imágenes que adornaban sus frentes, y por ello semeja á delicioso ramillete, cuyas flores más lozanas yacen deshojadas y marchitas: han sido el blanco de la envidia ó ignorancia, y manifiestan desgraciadamente sus tiros.

«En una lámina realzada en la pared al lado de la epístola, se lee la siguiente inscripción:

«*Aquí yacen los cuerpos de los Ilustrísimos Señores D. Juan de Padilla y D. Gomez Manrique, su hermano, comendador de Lopera, hijos de los Ilustrísimos D. Antonio Manrique, adelantado de Castilla, y su esposa Doña Luisa de Padilla, su mujer y hermanos del Ilustrísimo Señor D. Martin de Padilla, adelantado mayor de Castilla. Fallecieron los dichos D. Juan de Padilla á veinte y ocho de Octubre de 1563 años; y D. Gomez Manrique á 21 de Agosto de 1572 años.*

«Original y problemática parecerá á muchos la coincidencia de nombres entre el Arzobispo y el Comendador Manrique que suena como agente distinguido en la inscripción anotada: mas allánase la dificultad, sabiendo proceder el Comendador del mismo tronco ó linaje que el Arzobispo D. Gomez Manrique, y que como tal procuró ennoblecer con sus obras lo que su antiguo ascendiente dejara, por decir así, principiado. No es tan fácil conciliar los dos extremos opuestos que resultan del blason del Emperador colgado cerca del de Padilla, siendo así que en el siglo XVI cuando se agregó esta parte de adorno á lo demás del edificio, era cabalmente, como es bien sabido, una época de terribles desavenencias entre esos señores y el monarca: á no ser que demos un entero crédito á la tradición vulgarmente recibida, de que el Emperador intentase elegir este monasterio para retiro suyo después de la abdicación, ántes que resolviese verificarlo en el de Yuste, y los monjes, precipitando el juicio, hiciesen colocar las armas imperiales en el lugar y disposición que dejamos referido; pero discurrendo por medio de hipótesis y aseveraciones simplemente verbales, queda siempre una grande duda acerca de tan rara circunstancia.

«Por lo demás, la antigua sacristía que desde el año 1814 ha servido de Iglesia al convento, nada contiene digno de citarse. Igual escasez de obras de mérito se echa de ver en la ante-sacristía.

«La comunidad de este monasterio ha constado siempre de pocos individuos; poseían, sin embargo, una biblioteca rica de manuscritos recogidos, y la mayor parte redactados por D. Lorenzo de Padilla, insigne historiador de Carlos I, los cuales trasladaron á su patria durante la guerra de la Independencia los emisarios de Bonaparte.

«Queda hecha una breve reseña de un monumento olvidado de viajeros y escritores, tanto antiguos como modernos, sin que nos sea dado el poder adivinar las razones de tan misterioso silencio. El artista puede estudiar allí con tanta exactitud como en otro lugar más principal, los rasgos característicos del gótico florido; el ojo indiferente del espectador se complace en admirar esos arcos levantados con tan gallarda simetría, y aún el hombre misántropo encuentra un medio de alimentar sus tristes ideas con el desmoronamiento y estado lastimoso de un edificio merecedor de conservarse, bajo cualquier punto de vista que se le mire. Pocas intemperies resistirá. Ya crujen las maderas bajo la planta del que recorre las galerías superiores, maltratadas con el agua que ha roto los techos. Las paredes se dejan ver llenas de grietas, y los arcos empiezan á resentirse de una manera alarmante...»

«Así hablaba hace veintiseis años el Sr. D. R., Monje del monasterio de Fresdesval! ¿Qué habrá quedado desde entonces? Ruinas y ruinas; miserable y vergonzoso patrimonio que el siglo XIX habrá de legar á las generaciones futuras.

A. F.

EL 16 DE OCTUBRE DE 1793.

I.

Dos meses hacia ya que María-Antonieta había sido trasladada del Temple á la cárcel Real, y el odio de sus enemigos no había podido todavía formular contra ella un acta de acusación. En vano Hébert, impaciente por ver «acorrallada á la loba austriaca», exclamaba: «Se está perdiendo el tiempo en juzgar á la fiera de Austria y en pedir documentos para condenarla, cuando tratándola con justicia debía haber sido picada como carne de pasteles;» en

(1) Véase el número anterior, pág. 92.

vano el feroz discurso de los abastecedores ordinarios de la guillotina presentóse en campaña rebuscando pretextos é inventando crímenes. Era tan absurda la obra de Fléron, revisada y corregida por Marat, que el mismo Comité de Seguridad pública renunció á servirse de ella. El 3 de Octubre subió á la tribuna Billaud-Varennes: «La mujer Capeto, dijo, no ha sido castigada... Pido que la Convención declare terminantemente que el Tribunal Revolucionario se ocupará sin pérdida de tiempo en la causa y la sentencia de la mujer Capeto.» Firmóse el decreto, pero dos días después, el 5 de Octubre, Fouquier-Tinville se lamentaba de que al trasmitírselo no se le hubiese acompañado al mismo tiempo «ningún documento relativo á María-Antonieta.» El Tribunal no sabía qué hacer, y Fouquier sentía escrúpulos. El Comité de Salud pública puso á su disposición los Archivos nacionales, y mandó que se le llevase el legajo del proceso de Luis XVI: trabajo perdido, porque allí nada se encontró. Agotados todos los expedientes, el martes 7 de Octubre personóronse en el Temple Pache, Chaumette y Hébert, y martirizaron con infames preguntas á las señoras Isabel y Royale (1): no pudieron sacar en limpio de sus respuestas ningún cargo contra la Reina. Más afortunados la víspera con el Delfín, consiguieron arrancar á la inocencia de un pobre niño de ocho años, atracado de aguardiente y poseído de terror por las brutalidades de Simon, una odiosa calumnia contra su madre.

Fouquier-Tinville podía ya establecer las bases de su «infernál obra»: su inventiva y el odio popular harían lo demás.

El 12 de Octubre á las seis de la tarde, fué llamada María-Antonieta para comparecer en el salón de audiencia del Palacio de Justicia. Cubierta con un miserable vestido negro, remendado por ella misma en su encierro, fué á sentarse frente al acusador público, en un banquillo, entre dos gendarmes. Reinaba en el salón la oscuridad, como si los jueces comprendiesen que las tinieblas se conforman mejor con los grandes crímenes. Sólo dos pálidas bujías colocadas sobre la mesa que tenía delante el notario Fabricius, daban opaca luz, y la Reina no podía distinguir en la oscuridad en que se ocultaban, á los magnates del día, que con febril y malvada ansiedad habían acudido allí á presenciar la agonía de la viuda del último rey de Francia.

El presidente Herman empezó el interrogatorio:

P. «¿Dónde residíais cuando os prendieron?»

R. «A mí no me prendieron; fueron á apoderarse de mí á la Asamblea nacional para conducirme al Temple.»

Herman fué pasando revista á todo el edificio trabajosamente levantado por Fouquier, á todas las quejas de los revolucionarios contra la única mujer que había hecho frente á la revolución; los millones imaginarios enviados á su hermano, las relaciones con los príncipes, el llamado Comité austriaco, el veto opuesto á los decretos contra los emigrados y contra los sacerdotes, las conspiraciones contra el pueblo, todo salió á colación.

P. «¿Sois vos la que enseñó á Luis Capeto ese arte de un profundo disimulo, con que durante tanto tiempo engañó al pueblo francés, que no podía creer que pudiesen llevarse á semejante extremo la maldad y la perfidia?»

R. «Sí, el pueblo ha sido engañado; lo ha sido cruelmente, pero no por mi marido ni por mí.»

(1) «Chaumette me interrogó después sobre mil cosas indecentes, de que se acusaba á mi madre. Yo respondí que aquello no era verdad, sino falsa calumnia. Insistieron mucho, pero me mantuve firme en mi negativa, que era la verdad.» *Relation de la captivité de la famille royale au Temple*, por la duquesa de Angulema.

MONUMENTOS RELIGIOSOS DE ESPAÑA.



ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA DEL PILAR EN ZARAGOZA.

intentado salir de su país, hubiérame valido de todos los medios para disuadirle de ello; pero no era este su propósito.»

Se abruma á la Reina con preguntas, se la atormenta sobre esta materia como se la había atormentado ya con motivo de la causa del clavel (1). De la

(1) *Marie-Antoinette á la Consergerie*, por Emilio Camardor, archivero de los archivos del Imperio. París, Julio

misma manera que el 4 de Setiembre, responde aquella señora con una sangre fría y una presencia de ánimo que no se desmienten, y confunden á Herman.

P. «¿Habeis dejado nunca, por un sólo momento, de desear la ruina de la libertad; no quisisteis reinar á todo trance, y subir de nuevo al trono sobre los cadáveres de los patriotas?»

R. «Nosotros no necesitábamos volver á subir al trono, puesto que estábamos en posesión de él; nunca hemos deseado otra cosa que la felicidad de Francia, que fuese dichosa; pero que lo sea, y estaremos siempre contentos.»

Gay, 1864, págs. 3 y 4, causa del Clavel, interrogatorio de la Reina.

P. «¿Qué interés os tomábais por las armas de la república?»

R. «Lo que yo deseo, sobre todo, es la felicidad de Francia.»

P. «¿Lamentais, sin duda, que vuestro hijo haya perdido un trono al cual hubiera podido subir si el pueblo, ilustrado al cabo respecto de sus derechos, no lo hubiese hecho astillas?»

puntal al armazón de Fouquier, y acechando, por decirlo así, en aquella penumbra como el tigre acecha su presa... La Reina le responde con admirable desembarazo y sencilla dignidad, sin ceño ni debilidad; ella misma, en este *mare magnum* de embrolladas preguntas, confundidas de propósito, desenreda los lazos, descubre las arterias de sus perseguidores, y con admirable tacto consigue

R. «Nada sentiré por mi hijo, siempre que el país sea dichoso.»

Herman vuelve á ocuparse en el banquete de los Guardias de Corps, en las jornadas de Octubre, en las relaciones de la Reina, en el Temple y en la prisión real, con los empleados de policía y los oficiales municipales, en el complot del clavel, espionando las respuestas de la augusta acusada, procurando encontrar en todo esto alguna cosa que sirviese de

á la vez detenderse sin comprometer á nadie.

Vencido en esta lucha, Herman le nombra de oficio dos defensores, Troncon-Ducoudray y Chauveau-Lagarde, y dá la orden para que se la conduzca de nuevo á la prisión real.

II.

La Reina vuelve á su calabozo. Era este una pieza húmeda y fría, conocida con el nombre de

Cámara del Consejo, porque ántes de la revolución iban allí los magistrados del Parlamento en determinados días á oír las reclamaciones de los presos. En otro tiempo había sido amueblada esta pieza hasta con cierto lujo. Antiguos restos de un papel tachonado de flores de lis, resto de tiempos más felices, y que en aquellos días de luto parecían una insigne ironía de la fortuna, pendían aún de las paredes que

habían tomado un color verdoso por el salitre. Un tabique de tablas, en medio del cual había un ancho hueco, dividía esta pieza en dos partes iguales. En la primera permanecían los dos gendarmes encargados de vigilar á la presa, y separados de ella tan sólo por una mampara de cuatro pies de altura que cerraba la abertura del tabique, cubriendo un poco la vista, pero dejando paso libre á los dichos groseros y al humo del cigarro (1). La segunda, á la cual sólo se podía llegar pasando por la primera, era la última morada de la Reina de Francia. Entraba allí la luz exterior por una ventana que caía al patio de las mujeres, sólidamente cerrada por una reja de hierro, y dentro la preservaba de la humedad del suelo un pavimento de ladrillos; todo su mobiliario consistía en una cama de madera colocada frente á la ventana, en una mesita de roble y dos sillas de paja; pero la humanidad del alcaide Richard, y después la de Bault, colocaba al menos sobre esta mala cama blandos colchones y sábanas muy blancas. Las vendedoras del mercado, fieles á la desgracia, enviaban á «su» Reina las mejores legumbres y las aves mejor cebadas, y hasta el complot de Rongeville, algunos gendarmes movidos á compasión la llevaban de vez en cuando flores, claveles, tuberosas y alielies (2).

Setenta y dos largos días había pasado ya la Reina en este miserable albergue, sin más distracción que la vista de los presos que se paseaban por el patio de las mujeres, ó la lectura de algunos libros «que contenían relatos de las más espantosas aventuras», sin más sociedad que la de los gendarmes que la custodiaban, del alcaide y de su hija que la servían (3), y de los empleados de policía que de vez en cuando iban á visitarla y á asegurarse de que no había posibilidad alguna de que se fugase. Allí fué también donde el 13 de Octubre por la noche (4) tuvo la primera entrevista con sus defensores, enviados precipitadamente al efecto. Fouquier-Tinville había enviado la víspera á la escribanía del Tribunal Revolucionario el acta de acusación que había conseguido forjar. Enteróse la Reina de su contenido con desdénosa firmeza, y se contentó con hacer friamente algunas observaciones, sin recatarse del gendarme presente que podía oírlas. Más conmovido que ella, y espantado al contemplar el desordenado farrago de papeles que contenía el proceso, Chauveau-Lagarde aconsejó á la presa que pidiese un plazo, indispensable para el examen de aquellos documentos.—«¿A quién debe dirigirse la petición?» preguntó la Reina.—«A la Convención Nacional», respondió entre dientes el defensor.—«¡No, replicó aquella con viveza, jamás!» Su orgullo de Reina y su dignidad de vi-

(1) Desde el proceso del clavel se retiraron de aquella pieza los gendarmes, los cuales fueron destinados por el alcaide Bault, sucesor de Richard, á la puerta exterior. (*Relato exacto*, por la viuda de Bault.) Pero desde el 12 de Octubre se destinó allí un oficial de gendarmes. *Notes sur le proces de Marie-Antoinette*, por Chauveau-Lagarde.

(2) Interrogatorio de la mujer Horel, *Marie-Antoinette á la Consergerie*, p. 15.

(3) *Recit exact*, por la señora Bault.

(4) Chauveau-Lagarde en sus *Notes sur le proces de la Reine*, dice que fueron á avisarle al campo el 14 de Octubre. Aquí hay evidentemente equivocación; porque habiendo empezado el proceso de la Reina el día 14 por la mañana, se debió avisar á sus defensores la víspera.

da negábanse á reconocer la autoridad de los asesinos de su marido.

Chauveau-Legarde insistió; en su demanda hizo resaltar los intereses de la memoria de Luis XVI, los de sus hijos, hasta los de sus cuñados, y dice al llegar aquí: «al oír las palabras de hermana, de esposa y de madre, la naturaleza triunfó de la majestad, y la Reina, sin proferir palabra, pero dejando escapar un suspiro, tomó la pluma y escribió á la Asamblea en nuestro nombre dos palabras que rebosaban nobleza y dignidad; en las cuales, en efecto, lamentábase de que no nos dejaran el tiempo necesario para examinar las piezas del proceso, y reclamando para nosotros los plazos necesarios (1).»

La demanda transmitida al fiscal resultó inútil: el siguiente día, 14 de Octubre, á las ocho de la mañana, empezaron los debates de la causa.

MÁXIMO DE LA ROCHESTERIE.

(Se continuará.)

A MI HIJO...

I.

Aparta ¡oh muerte! la guadaña impía
De mi tranquilo lecho:
No sumas en dolor el alma mía
Con el doliente grito de agonía
Que me desgarró el pecho:
¡No vea el nuevo día
Mi corazón en lágrimas deshecho!

Pénetra, si te place, en la morada
Donde el crimen se oculta,
Y la segur con mano despiadada
En su seno sepulta:
Mas del sueño inocente,
La plácida alborada,
Para un padre es de Dios rico presente;
Esperanza riente,
Que alienta el alma, de vivir cansada.

¿Qué mal pudo causarte el ángel mío?
¿Qué puede el arroyuelo,
Contra el torrente atronador, bravío?
Desprendida del cielo,
De mi vida ardorosa en el estío
Fué refrescante gota de rocío.

¡Oh! ¡Con cuánto placer mi vista ansiosa
Sus angélicas formas contemplaba!
¡Con qué dicha mi mano temblorosa
Contra mi amante seno le estrechaba!
¡Cuántas veces posaba
Mi lábio en su mejilla ruborosa!...

II.

¡Cuán rápidas pasaron sus caricias
Que fueron de mi vida dulce encanto!
¡Cuán fugaces del mundo las delicias!...
Por un día de placer ¡cuántos de llanto!...

Tal es el mundo; la carrera es corta:
El que pronto camina,
El sendero seguro y recto acorta
Que á la región celeste lo avecina.
Cual el fugaz relámpago, tu vida,
De mi dicha brilló en el horizonte;
¡Grata ilusión del alma apetejada,
Que en presurosa huida
Despareció tras el cercano monte!...

Adios, hijo del alma, adios; si el suelo
Lágrimas pide, brotará á mis ojos
En inmenso raudal mi amargo duelo:
¡Ásperos son del mundo los abrojos!...
¡Ojalá que dejando los despojos
Miseros en la tierra, en ráudo vuelo
Cual la tuya, mi alma suba al cielo!

J. ORTEGA.

(1) Notes sur le proces de Marie-Antoinette, por Chauveau-Legarde. París, 1816.

LA

EMIGRACION DE LAS GOLONDRINAS.

Se ha hecho, en este año, una observacion muy curiosa; las golondrinas han retrasado mucho su regreso, y últimamente algunas familias y hasta colonias enteras que se creían perdidas han vuelto á sus hogares. Las condiciones del verano han influido en este retraso, cuyo exámen embarga la atención de los aficionados al estudio de la naturaleza.

Las emigraciones de los pájaros que vuelven por el otoño al país de donde se alejan al principio del verano, siempre han excitado la más viva curiosidad, y por mucho tiempo se ha ignorado las causas verdaderas de esas emigraciones, así como los países de refugio durante el invierno de esas diversas especies de volátiles. Hoy se sabe que, si el pájaro emigra, no es, propiamente dicho, la influencia del frío lo que le hace huir, sino esta misma influencia sobre los insectos ó los vegetales de que se mantiene.

El hecho de esos viajes anuales, nos enseña M. de Brevaus en una interesante obra que acaba de publicar bajo el título de *La emigracion de las aves*, de donde extractamos estas líneas, es conocido desde hace tiempo; pero de aquí á saber de dónde vienen los emigrantes, dónde van, qué móvil les impulsa, hay una grande distancia. Se ha necesitado muchas observaciones; sobre todo se ha necesitado establecer comunicaciones entre los puntos mas lejanos; en una palabra, que la historia natural tuviera tiempo y la posibilidad de constituirse, para que lleguemos á un conocimiento casi preciso. Hasta entonces y durante los siglos pasados: ¡cuántas fábulas, cuántos cuentos se han dicho y escrito sobre el particular, así como sobre otros muchos! Viendo los pájaros desaparecer al principio del invierno, se ha supuesto que se metamorfoseaban en cualquier otra clase de animales, ó que se refugiaban en agujeros entorpeciéndose en ellos á la manera del lirón y de la marmota. De las simpáticas golondrinas, de las hijas del aire por excelencia, hasta se ha dicho que se zambullían en el fango de las charcas, como el sapo, dando como pruebas que habiendo cogido los pescadores algunas de ellas en sus redes y habiéndolas puesto á freír con otras piezas, reanimadas por el calor, habían huido volando.

Sabemos, pues, á ciencia cierta, por el testimonio de numerosos viajeros exploradores que, mientras nos apiñamos alrededor de nuestras lumbres de invierno, las golondrinas se calientan con gozo al brillante sol de los oasis de Africa. Desde mediados del siglo pasado, el naturalista Adanson escribía á Buffon que, en su larga estancia en el Senegal, siempre había visto ese pájaro llegar á la época en que deja á Francia, y marcharse cuando nos vuelve á visitar. Por otra parte, su paso por los países intermedios consta por todas partes, como nosotros mismos lo constamos cuando vemos los individuos de esta especie reunirse en grupos para prepararse á la marcha y después desaparecer y pasar en Octubre rozando el suelo con vuelo continuo y rápido hacia el Sud. El continente africano es, pues, su punto de estacion invernal, como Europa es su estival.

Generalmente es á principios de Abril cuando la golondrina rústica vuelve hacia nosotros, la que aprovecha gustosa nuestras viviendas para establecer su nido; ángulos de las chimeneas, cornisas, cónsolas, agujeros en las paredes. Hacia fines de Agosto, preparando su viaje de marcha, y durante todo el mes de Setiembre, sus legiones bajan sin cesar del Norte al Mediodía.

Desde la segunda quincena de Agosto nos dice M. de Brevaus, las golondrinas de ventanas empiezan á juntarse y concentrarse. Por lo general son los tejados de nuestros grandes edificios los que sirven de punto de reunion. Los grupos se hacen cada día más numerosos, á medida que las últimas nidadas empiezan á volar: se ayuda á las atrasadas cuidándolas esmeradamente para que puedan tomar cuanto antes su vuelo; jóvenes y viejas así como compasivas vecinas, se ocupan en ellas y las llevan el sustento. Los meetings se animan más y más: los pájaros tienen entonces un modo de piar especial; algunos vuelan alrededor ó van y vienen á lo léjos. Después, cualquier día, sobre el 20 de Setiembre, un

poco antes ó un poco después, según la temperatura y el tiempo de la estacion, desaparecen.

E. DE BERGUE.

ANECDOTAS DE ARTISTAS,

EXTRACTADAS DE VASARI.

DE CÓMO EL PINTOR ANDRÉS TOMÓ POR APELLIDO DEL CASTAÑO.—Nació éste en una pequeña aldea llamada el Castaño, en el Meigello, condado de Florencia, y tomó por apellido el nombre de aquel árbol cuando fué á establecerse en Florencia, lo cual pasó de la siguiente manera. Habiendo quedado sin padre, siendo aún muy niño, fué recogido por un tío suyo, que lo tuvo durante muchos años destinado á guardar la vacada, viéndole tan listo y animoso, que no sólo sabía guardar su ganado, sino los pastos y cuanto á su tío interesaba. Continuando, pues, en esta ocupacion, sucedió un día que huyendo de la lluvia fué á refugiarse en un sitio donde uno de esos pintores de brocha gorda pintaba un tabernáculo para un labriego. Andrés, que nunca había visto cosa semejante, quedó maravillado y permaneció inmóvil mirando y contemplando el trabajo del pintor. En aquel estado asaltóle súbitamente un vivísimo deseo de pintar, y sintióse embargado de tan profunda pasión hacia aquel arte, que sin pérdida de tiempo dedicóse á rasguñar y pintar en las paredes y sobre las piedras, con carbones y la punta de su navaja, animales y figuras, pero con tal perfeccion y donaire, que dejaba pasmados á cuantos los veían. Empezó á divulgarse la fama del admirable ingenio que revelaba Andrés para la pintura, y habiendo llegado por fortuna suya á oídos de un caballero florentino llamado Bernardo de Médicis, que tenía allí sus posesiones, manifestó éste deseos de conocer á tan aventajado joven. Vióle, por último, y oyéndole discurrir con mucho tino, preguntóle si sentía inclinacion hacia la pintura, á lo cual respondió Andrés que no podía dársele ocupacion más agradable que el pintar; y para que se perfeccionase en su estudio, lo llevó consigo á Florencia, y lo confió á uno de los maestros que en aquel entonces disfrutaban de más fama, para que le dirigiese. Siguiendo Andrés engolfado en la pintura, á la que se dedicó completamente, manifestó grande inteligencia en este difícil arte, y particularme para el dibujo. No brillaron sus obras por el colorido, descubriéndose en ellas cierta dureza que disminuía en gran parte su gracia y mérito, y principalmente por faltar á su colorido cierta belleza; pero notábase suma gallardía en el movimiento de sus figuras, y las cabezas de hombres y mujeres que salían de su pincel, eran admirables por la gravedad de su aspecto y correcto dibujo.

CAUSA DE LA MUERTE DEL PINTOR BOLONÉS FRANCISCO FRANCIA.—Por encargo del cardenal de Pucci había pintado Rafael una tabla que representaba á Santa Cecilia, la cual debía enviarse á Bolonia para colocarla en una capilla de San Juan in Monte, donde se encuentra el sepulcro de la beata Elena del Olio; y después de empaquetarla, se la remitió á su amigo Francisco Francia para que la colocase en el altar de la referida capilla con el mismo marco que le había puesto. Esto causó gran contento á Francia por proporcionarle la ocasion, que tanto había deseado, de contemplar una obra de Rafael. Después de abrir y leer la carta que le escribía éste, en la que rogaba que si la tabla tenía algun desperfecto lo reparase, y si advertía en ella alguna falta, como amigo, la corrigiese; mandó, poseído de suma alegría, que se sacase la tabla de la caja y fuese colocada á buena luz. Pero tal fué el asombro que le causó el verla, y tan grande su maravilla, que conociendo su error y necia presuncion, vióse acometido de tan profunda pena, que en breve tiempo le causó la muerte. Era la tabla de Rafael obra divina, y en ella aparecía Santa Cecilia, no pintada, sino viva, y de tal manera bien hecha y coloreada, que bien podía llamarse rara entre las hermosas que pintó aquel durante su vida, por más que todas ellas fuesen maravillosas. Así que Francia, medio muerto de terror, ya por la hermosura de la pintura que tenía ante sus ojos, ya comparándola con las que le rodeaban, debidas á su pincel, todo conturbado, mandó que sin

pérdida de tiempo la llevasen á San Juan in Monte, y colocasen en la capilla á que se destinaba; y metiéndose pocos días despues en cama, como fuera de sí, considerándose ya casi como una nulidad en el arte respecto de lo que él se creía y era estimado en él, murió, como creen algunos, de pena y melancolía.

♦♦

DEL POR QUÉ EN FLORENCIA, MÁS QUE EN PARTEALGUNA, SE PERFECCIONAN LOS HOMBRES EN TODAS LAS ARTES.—Nació en la ciudad de Perusa, de padres pobres, un niño al que se puso el nombre de Pedro, el cual, criado entre la miseria y las privaciones, fué despues colocado por su padre en casa de un pintor de aquella ciudad, como aprendiz. No era aquel pintor una notabilidad en su arte, pero le tenía en grande estimación, así como á los hombres que en él brillaban. Así es que no acostumbraba á hablar á Pedro de otra cosa que de la honra y el provecho que daba el arte de la pintura á los que sabían ejercerlo bien, y contándole las recompensas que en él habían obtenido así los artistas antiguos como los modernos, alentábale á su estudio. Por lo cual inflamóle en tales términos, que el mancebito formó la resolución (si le ayudaba la fortuna) de ser uno de aquellos. Para mejor conseguirlo acostumbraba preguntar á las personas que habían corrido mundo, y en particular á su maestro, en qué punto se formaban los mejores artistas. Su maestro le respondía siempre lo mismo, á saber: que en Florencia mejor que en parte alguna, era donde los hombres llegaban á perfeccionarse en todas las artes, y especialmente en la pintura, porque en aquella ciudad se sienten los hombres aguijoneados por tres cosas, á saber: por ser motivo de censura para muchos el que allí se desarrollen ingenios libres, que por regla general, no se satisfacen con obras medianas, sino que atienden más á lo bueno y lo bello que al respeto del nombre del autor; la otra, que para vivir allí es necesario ser industrioso, lo cual no quiere decir otra cosa que emplear constantemente el ingenio y el discurso para ser apto y pronto para obrar, y finalmente, saber ganar dinero, no siendo Florencia país extenso y abundante donde pueda vivirse con poco; y la tercera, no ménos importante que las demás, por una ambición de honra y gloria que aquella atmósfera infunde en gran manera en los hombres de todas profesiones, y que en todos los de talento no consiente la igualdad entre ellos, ni que se queden rezagados, considerándoles hombres como ellos, aunque les reconozcan como maestros: así que les obliga muy frecuentemente á desear tanto la propia grandeza, que si no son sábios y bondadosos, se hacen maldicientes, ingratos y desconocidos á los favores que se les dispensan. Verdad es que cuando el hombre ha ganado allí cuanto necesita, proponiéndose vivir, no como los animales, al día, y desea hacerse rico, necesita marcharse de Florencia y utilizar fuera el mérito de sus obras y la reputación de aquella ciudad, como lo hacen los médicos con la de su carrera. Porque es de saber que Florencia hace con sus artistas lo que hace el tiempo con sus cosas, que una vez formados, los deshace y consume poco á poco. Animado con estas noticias, y por los consejos de muchos, marchóse Pedro á Florencia resuelto á hacerse allí artista notable: y logró su objeto tan á las mil maravillas, que sus obras fueron tenidas en su tiempo en la mayor estima.

♦♦

EL CRUCIFIJO DE DONATELLO Y EL DE FELIPE BRUNELLESKO.—En la iglesia de Santa Cruz de Florencia, junto al cuadro de la historia de Tadeo Gaddi, existe un Crucifijo de madera hecho con extraordinarias fatigas por Donatto. El cual, siendo íntimo amigo de Brunellesco, se lo enseñó á éste para ver el juicio que de su obra formaba; pero Felipe, que por las palabras de Donatto esperaba ver una cosa mucho mejor, así que lo vió soltó la carcajada. Al ver esto Donatto, rogóle por la mucha amistad que los unía, que le dijese su opinión respecto de su obra; por lo cual Felipe, franco en extremo, respondióle que á su juicio había puesto en cruz á un aldeano y no un cuerpo parecido á Jesucristo, delicadísimo, y tan perfecto en todas sus partes, como nunca nació hombre alguno. Al oír Donatto esta crítica más severa de lo que creía, cuando esperaba oír alabanzas, respondió: Si fuese cosa tan fácil el obrar como el criticar, mi Cristo te parecería Cristo y no un aldeano; pero coge madera y prueba tú á hacer otro.

Calló Felipe y volvióse á su casa, y sin que nadie se apercibiese de ello, emprendió la tarea de hacer un Crucifijo; y procurando adelantar y quedar airoso en la demanda, despues de muchos meses lo terminó dando suma perfección á su obra. Hecho esto, una mañana convidó á Donatto á comer con él y éste aceptó el convite. Marchaban ambos juntos á casa de Felipe, y al llegar al Mercado Viejo compró éste algunos comestibles, y dándoselos á Donatto, le dijo: Vete á casa con esto y espérame allí, pues yo voy ahora mismo. Al llegar Donatto á la casa vió el Crucifijo de Felipe á buena luz, y deteniéndose á examinarlo, lo encontró tan perfectamente concluido, que vencido y poseído de estupor, como fuera de sí, abrió las manos que sujetaban el pañuelo que contenía los víveres, cayendo al suelo huevos, queso y todos los demás manjares, sin que quedase de ellos títere con cabeza. Pero continuando maravillado y absorto, al llegar Felipe y verle tan aturrido, díjole riendo:

—¿Qué propósito es el tuyo, Donatto? ¿Qué vamos á comer, si todo lo has vertido y estropeado?

—Por lo que á mí toca, respondió Donatto, ya he tomado por hoy mi parte: si tú quieres la tuya, cójela; pero dejémonos de bromas, tú has nacido para hacer Cristos y yo para hacer aldeanos.

EL MAESTRO DE MUSICA,

POR

EUGENIO DE MARGERIE.

X.

Todo Beaulieu, sin que nadie de ello se diese cuenta, miraba con verdadero pismo á esta jóven, á quien su belleza jamás había hecho coqueta, ni orgullosa la fortuna de su padre, ni mordaz su talento, con el que hubiese podido manejar hábilmente el arma páfida de la burla, ni su variada instrucción le había encendido el deseo de llamar la atención.

Llevo dicho que Pablo había dado algunas lecciones á Alicia ántes de entrar en el convento, lecciones que fueron continuadas con inteligencia por una religiosa que ántes de entrar en el claustro había sido, como despues Alicia, la mejor discípula.

Cuando Alicia volvió á casa de su padre, tenía un talento notable, y entonces se decidió que era preciso buscarle uno que la acompañase en el piano.

Como no había otro alguno á quien llamar, acudieron á Pablo Lecortois, que se regocijó mucho recordando las raras disposiciones de Alicia, y conociendo la reputación de la buena hermana que enseñaba el piano en la Visitación, y que decía muy alto con un poco de amor propio y de humildad, que había formado en Alicia una discípula *de quien no era digna de volver la hoja*.

Cuando Pablo oyó por primera vez á Alicia, quedó encantado, porque veía en ella la discípula que había soñado, uniendo, á una gran habilidad de ejecución, mucho talento y un gran corazón, cosas sin las cuales jamás se encuentra la tercera con la que se forma principalmente el artista: el sentimiento del arte.

Por esta razón eran perfectos los duos, siendo muy difícil saber quién era el maestro y quién el discípulo. Cuando Pablo aventuraba alguna explicación acerca del carácter del trozo que acababan de ejecutar, conocía en seguida que Alicia lo sabía mejor que él, y que donde solamente había alzado un poco el velo tras del que se ocultaba el pensamiento del autor, para ella estaba completamente descubierto.

Despues que sus dedos habían traducido á su manera los sentimientos á que este trasparente velo añade un encanto más, su voz, repitiendo á su vez con inflamadas palabras lo que había adivinado en el pensamiento del maestro, hacía brotar ante los deslumbrados ojos de Pablo, como un torrente de luz y poesía. Preguntábase este en dónde aquella jóven había podido adquirir un sentimiento tan profundo y tan delicado de estos misterios que diariamente desconocen tantos profanos (que el mundo toma por iniciados porque son del oficio), sin dudar

siquiera que en ellos exista algo que no comprenden.

XI.

Pablo admiró esta singular y rica naturaleza, pero la admiración puramente especulativa no es posible en un jóven de veinte y cinco años respecto de una jóven de diez y ocho.

Pablo vió bien pronto (y para verlo en su corazón no necesitaba mucha perspicacia) que para él existía allí un gran peligro, uno de aquellos peligros que no pueden vencerse sino con la fuga.

Apenas hacia un mes que habían empezado las lecciones, cuando llegó una fiesta en que Pablo tenía costumbre de comulgar. Fué, pues, á estar con su confesor y le explicó francamente los sentimientos que empezaban á nacer en su alma hacia la señorita Desrosiers. El confesor le dijo muy alto lo que le decía su conciencia por lo bajo: que era preciso retirarse cuanto más ántes y sin decir una palabra.

Pido permiso para abrir aquí un paréntesis y hacer notar en contra de Mr. Michelet, los buenos efectos de la confesión, para el reposo de las familias.

En lugar de Pablo, un hombre sin principios hubiese procurado seducir ó robar á Alicia.

Un hombre honrado y generoso hubiese quizá sacrificado su amor al honor de la que amaba, pero no sin haber pedido ántes, ó sin haber aprovechado un momento de conversación en el que hubiese descubierto sus sentimientos, y hubiese dirigido mil inectivas contra la injusticia de la sociedad que impide la unión de dos almas nacidas una para otra; despues hubiese solicitado alguna flor para colocarla sobre su corazón y la hubiese dicho que partía, pero llevándose el corazón rasgado para siempre, y que jamás amaría á otra alguna, etc., etc.

Aun suponiendo que este hombre generoso tratase con una jóven cándida en quien estos apasionados acentos no despertasen ningún eco funesto, por lo ménos hubiese turbado aquel candor y hubiese hecho desgraciada á Alicia; y tal vez la hubiese disgustado anticipadamente por este romántico principio, del porvenir honroso, pero tranquilo y monótono que ante ella se abría.

Pablo nada dijo ni nada de esto hizo. Presentóse á Mr. Desrosiers, le expuso (y era verdad) que nada tenía que enseñar á su hija.

Mr. Desrosiers admiró el desinterés de Pablo, que de aquel modo sacrificaba una buena lección, pero nadie supo jamás que había sacrificado otra cosa muy diferente; y Pablo, hasta que Alicia se casó, no volvió á verla sino por casualidad y á lo lejos...

Díre que aquel día al volver á su casa despues de dar una lección de piano á una *burguesa* bien ridícula, y tocado el violín con un empleado en la Prefectura, verdadero tonto, diré, repito, que al entrar Pablo en su casa, ¿no tenía el corazón herido?

No lo diré, porque temería mentir, pero si llevaba herido el corazón, tenía paz en la conciencia. ¿Podía haber obrado de otro modo?

Si hubiese continuado dando lecciones á la señorita Desrosiers, y saboreando dulzuras cada día más peligrosas, hubiese tenido el alma atormentada de remordimientos, y para el cristiano el reposo de la conciencia es tan capital y la misma conciencia es de tan exquisita sensibilidad, que todo es preferible ántes que exponerse á los reproches y mordeduras de esta interna Némesis.

«¿Pero no hubiera yo podido intentar que Alicia participase de mi amor, y despues arrancar á la ternura de su padre el consentimiento de nuestro matrimonio?» Se decía en la superficie de su conciencia el pobre Pablo.

«Mi educación es como la suya. Es cierto que mi padre no es más que un organista, pero mi abuelo era consejero del Parlamento, y Mr. Desrosiers todos saben que su padre era un preboste. En cuanto á los principios, ¿dónde hallarlos más en armonía como los de Alicia y los míos?»

Despues, desde lo más profundo de su conciencia, Pablo se respondía á sí mismo:

«Pero tú bien sabes que el preboste ha desaparecido detrás del notario, como el elevado magistrado detrás del maestro de música, y que jamás el opulento Desrosiers consentiría en dar su hija, cuyo dote excederá de 200,000 francos, á un pobre profe-

sof de música, cualesquiera que fuesen las virtudes, talentos ó antepasados del dicho profesor. El continuar yendo á su casa estando seguro de que no me podría casar con ella, sería exponernos yo ciertamente y ella tal vez á disgustos ó á remordimientos.»

Al poco tiempo recobró Pablo la serenidad.

«Ya no la amas?» le decía Pedro Chalumet, el clérigo del notario, su único confidente, al verle consolado tan pronto. «¡Oh, cuánto la hubiera amado!» respondió Pablo suspirando y manifestando el dolor de un bien entrevisto y que jamás ha de ser poseído. Despues continuó:

«Ya que no podía amarla sin ofender á Dios, quise dejar de pensar en ella. Aquel á quien amo sobre todas las cosas es Dios, y le pido que no permita que yo ame á nadie en detrimento suyo!»

Despues habló de otra cosa...

Un alma de poco valor se hubiese complacido en su desgracia, alimentándola y viviendo de recuerdos; y obrando, en una palabra, para perder el fruto de su difícil victoria.

Pablo, por el contrario, intentaba persuadirse que no era tan desgraciado; que bajo el punto de vista de la realización de un matrimonio, le hubiese sido igual estar enamorado de una archiduquesa; que huir de los tormentos de una conciencia culpable (aunque sólo lo fuera de una imprudencia) es, no una desgracia, sino un deber y una felicidad.

La victoria de su fé le consoló de su tierna pasión, que en un alma tan cristiana como la de Pablo, no había tenido el súbito desarrollo que hubiera tenido en otro cualquiera. El cristiano está habituado á vigilar sus impresiones; y desde que descubre que puede haber peligro en el fondo de algún sentimiento, se pone en guardia; así, cuando es preciso romperlo, es menor la herida que se hace.

XII.

Pablo volvió á emprender su vida de costumbre.

Este incidente, el primero que perturbó el pacífico curso de sus años, no era nada en comparación del que iba á sobrevenir. Dios le reservaba esta prueba, que un amor feliz le debía producir más serios y punzantes disgustos que un amor desgraciado.

Pablo tenía una prima que era el reverso de Alicia.

Mientras que esta despreciaba ó miraba con indiferencia las riquezas, dulzuras y vanidades del mundo, Olimpia, á quien faltaba todo esto, las deseaba con indecible ardor.

Niña mimada, ambiciosa, de mal carácter, era un ejemplo vivo de la inmensa importancia de las pequeñas virtudes que no tenía, y de la insuficiencia de las grandes, que dormían ociosas en el fondo de su alma esperando ocasión de mostrarse.

No le hubiesen faltado ni generosidad ni valor en

la hora del peligro, pero en la vida ordinaria no tenía dulzura, ni indulgencia, ni humor servicial, ni serenidad. En medio de los refinamientos del lujo, Alicia, cuyo corazón estaba desligado de las miserias de la vida, era verdaderamente pobre de espíritu. Olimpia, por el contrario, en posición modesta, igualmente alejada de las extremas privaciones de la miseria y de los embarazos y seducciones de la riqueza, teniendo en su mano todos los encantos y ventajas de la medianía, Olimpia era rica de espíritu, rica en el cruel sentido que mereció las maldiciones del Salvador, porque se une más á los bienes de este mundo por el deseo que por la posesión.

En vez de servir su humor de distracción á los que la rodeaban, Olimpia se servía de él para decir mal ó burlarse.

En una palabra, aunque fuese inteligente, de encantadora figura, y en el fondo cristiana, hasta buena, á pesar de su áspera corteza, y aunque muchas razones de conveniencia hiciesen de ella la esposa indicada de Pablo, este había hecho propósito de morir soltero antes que casarse con su bella prima.

Entre tanto enfermó gravemente el padre de Olimpia, que por espacio de tres meses le cuidó con admirable celo. Durante este tiempo se trasformó al parecer esta alma.

No se le oyó ninguna palabra ácre como las que en otro tiempo pronunciaba, revelando su ambición y sus sueños envidiosos; ni una vez se miró al espejo; manifestaba absoluta indiferencia por lo que antes tanto apreciaba, sus comodidades y su propio parecer, y se veía en ella una igualdad de humor increíble, que ciertamente hubiera dado la salud á su padre, si este hubiese podido recobrarla.

Pablo quedó tanto más admirado de estas virtudes, cuanto más ocultas habían estado hasta entonces.

Tal vez por esta razón no fué insensible á esta belleza, que se haría mil veces más encantadora en medio de las lágrimas, y que Olimpia, en vez de hacerla valer como antes, la olvidaba por completo.

Olimpia quedó muy agradecida á las visitas de Pablo, á la asidua compañía que hacía al viejo enfermo, escuchándole con nunca desmentido interés, el eterno relato de las mismas campañas, y á la delicada atención con que buscaba en su música los trozos más propios para adormecer los dolores del pobre enfermo.

Se amaron, y cuando el padre de Olimpia sucumbió á su enfermedad, cuando Pablo vió á su prima condenada al aislamiento, forzosamente relegada si no se casaba, á vivir en compañía de una anciana parienta, volteriana y malvada, Pablo olvidó á la Olimpia de otros tiempos, para ver tan sólo

á la generosa enfermera de ayer, á la interesante huérfana de hoy.

Prometió casarse con ella.

La tía de Pablo, santa mujer de cincuenta años, que había consagrado su vida á Dios, á los pobres y á su hermano Mr. Lécostois, se fué á vivir con Olimpia, porque esta no se viese obligada á abandonar á Beaulieu.

Seis meses despues, Olimpia era esposa de Pablo.

El dolor y la felicidad adormecieron durante algún tiempo aquellas malas cualidades que habían hecho proverbial en todo el país el mal humor de Olimpia, y Pablo se felicitaba de ello y triunfaba de sus amigos que habían intentado disuadirle de casarse con su prima.

De repente, y no sé por qué, tal vez sin ocasión, revelóse este ágrío carácter más agudo y más insoportable, más incomodadizo y levantisco que nunca.

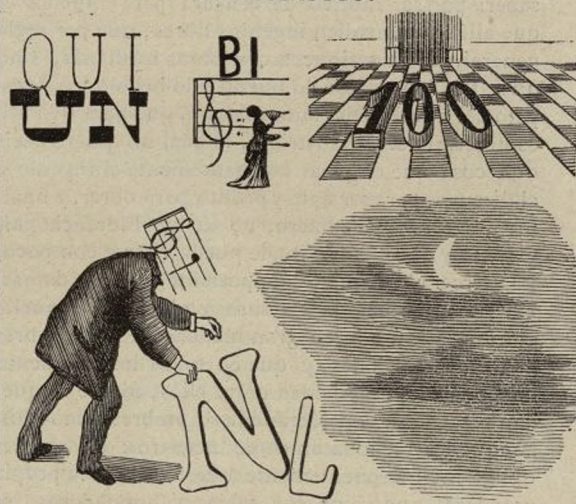
Parecía que sin darse siquiera cuenta de ello, Olimpia quería cobrarse un inconcebible atraso de seis meses.

Olimpia amaba mucho á su marido, pero era como otras muchas que saben morir por las personas que aman, pero no saben vivir por ellas.

Si Pablo hubiese caído enfermo de muerte, ó hubiera sido desterrado, hubiera encontrado en su esposa incomparable abnegación y celo; pero si por desgracia hubiese sanado ó regresado á su patria, Olimpia hubiese recobrado su pristino carácter sin saber sacrificar un momento de impaciencia.

(Se continuará.)

JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número.)

Madrid, 1879.—Imp. á cargo de D. B. M. Araque; Balmes, 3.

SECCION DE ANUNCIOS.

AMAYA,

Ó LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII.

Novela histórica

DE

D. F. NAVARRO VILLOSLADA.

Se ha publicado el primer tomo de esta obra notabilísima, y se vende á 12 reales en la Librería de San José, Gravina, núm. 14.

MISERERE MEI DEUS.

Traducción en verso de este Salmo y noticias de versiones poéticas del mismo,

POR

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA,

Un tomo en 8.º francés. Se vende á 20 reales en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado, Guio, Lopez, Fé, Murillo y Hurtado.

CONTESTACION

Á LA HISTORIA DEL CONFLICTO ENTRE LA RELIGION Y LA CIENCIA, DE JUAN GUILLERMO DRAPER, por el

PADRE FR. TOMAS CAMARA, Profesor del Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid.

Un hermoso volumen en 4.º mayor de 580 páginas. Se vende en las librerías católicas al precio de 36 rs.

CALENDARIO PIADOSO PARA 1880.

Hallándose ya en prensa esta antigua y acreditada publicación, se avisa á los señores autores y editores de obras católicas que hayan visto la luz desde el mes de Octubre del año pasado, á fin de que, si gustan verlas incluidas en la *Revista Bibliográfica* de dicho CALENDARIO, se sirvan enviar un ejemplar de aquellas al Editor, D. Antonio Perez Dubrull, calle de la Flor Baja, núm. 22, Madrid, antes del 30 de Setiembre próximo, hasta cuya fecha se admiten también, en el mismo punto anuncios para la sección correspondiente del CALENDARIO á los precios de 120 rs. una página, 70 media, y 40 un cuarto, precios sumamente económicos, si se atiende á la gran circulación de este libro.

PARÍS—ESTACION DE INVIERNO—PARÍS

AVISO A LAS SEÑORAS

Los GRANDES ALMACENES DEL PRINTEMPS, de PARIS, tienen el honor de participar que su Catálogo General Ilustrado, el cual comprende la nomenclatura de las Novedades de Invierno en Sederias, Fantasia, Lanas, Terciopelos, etc., etc., así como los grabados de las últimas modas en Vestidos, Trajes, Confecciones y Abrigos para Señoras y Niños, se halla actualmente en prensa.

Este gracioso Album de la moda será repartido gratis y franco á todas aquellas personas que tengan á bien pedirlo por carta franqueada.

A MONSIEUR JULES JALUZOT

GRANDS MAGASINS DU PRINTEMPS

PARIS

EL SOCIALISMO ANTE LA SOCIEDAD,

POR EL RDO. P. FÉLIX,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Obra traducida por Don José María Carrulla.—Segunda edición.—Un hermoso tomo en 8.º mayor de 400 páginas, 10 rs. en rústica.

LIBROS.

El Sr. PEREZ VILLAMIL ha hecho rebaja del 25 por 100 para los suscritores de LA ILUSTRACION en los siguientes sujos:

La Peregrinacion Española en Italia, ó sea, el espíritu cristiano en las peregrinaciones y en el arte, con un prólogo y una carta del señor Nocedal. Su precio, 16 reales; para los suscritores de LA ILUSTRACION, 12.

Recuerdos del Monasterio de Piedra. Su precio 6 reales; para los suscritores de LA ILUSTRACION, 4.

Los pedidos á esta Administración, Jesus del Valle, 23 y 25, pral.

GRABADOS.

En la Administración de este periódico, Jesus del Valle, núm. 23 y 25, pral., se venden los publicados en el tomo I de LA ILUSTRACION CATOLICA.

Hay mucha variedad y se darán á precios arreglados. Horas de despacho: de diez á seis todos los días no festivos.